

su deletérea gasolina la salvación que no supieron encontrar en la inútil pólvora de sus armas vencidas por el arrojo federal, por el ímpetu de la santa causa social que defendía el General Rábago, perfectamente identificado con el organizador de la División, el Generalísimo Victoriano Huerta.

* * *

Tras de levantar el campo se vió que más de un centenar de rebeldes yacían sobre él y se recogió un gran botín de guerra, consistente en armas, municiones, víveres y objetos robados por los vándalos....

La columna Rábago lamentó la muerte de un oficial y varios soldados de línea e irregulares y que hubieran sido hecho prisioneros los oficiales, teniente Leopoldo Huerta, Subtenientes Ezequiel Cervantes y Heladio García y catorce individuos de tropa pertenecientes todos al 7º Regimiento, quienes al tratar de cortar la retirada al enemigo fueron envueltos en el tropel que el pánico guiaba en el instante de la derrota, pues no hay que olvidar la enorme superioridad numérica que en este combate tuvieron los rebeldes sobre los federales....

BATALLA DE "CONEJOS."

(12 DE MAYO DE 1912.)

De la serie de grandes batallas que forman la trilogía épica de la División del Norte: "Conejos, Rellano, Bachimba," fué la primera de las mencionadas la que lanzó el augural destello del genio militar del organizador y Jefe Supremo de ese Ejército, cuya obra esforzada surgiendo en medio del más espantoso caos de anarquía y desorganización, encumbró sobre las astas de sus banderas no sólo los lauros del triunfo sino los fulgores cada vez más culminantes y ardientes que señalaron a un pueblo náufrago, a una sociedad agonizante, los rumbos remotos, pero certeros, del puerto salvador y de la tierra de promisión. Los combates que hemos reseñado, "Cuatro Ciénegas" y "El Tlahualilo," fueron acciones aisladas; pero que en la concepción armoniosa del sistema de operaciones ideado por el General Huerta, tuvieron con la batalla de Conejos, que vamos a reseñar ahora, una relación íntima y directa de causa a efecto.

El gran pensamiento del jefe de la División del Norte, después de consumir la gran obra creadora de la organización de sus legiones, fué sacar de esa obra que era toda suya, el mayor partido posible. En aquella "élite" de Jefes y Oficiales, flores del Jardín épico de Chapultepec, suprema aristocracia del honor militar y de la ciencia de la guerra penosamente adquirida, que el General Huerta había sabido reunir en torno suyo, avalorando con seguro

golpe de vista, no sólo las cualidades intelectuales, sino las excelencias morales y las aptitudes físicas; en aquel cuadro de Jefes y Oficiales, estaba involucrado todo el pensamiento del General Huerta, una idea de gigante patriotismo llena de audacia serena y de ferviente confianza. En Rábago, en Blanquet, en Téllez, Rubio Navarrete y García Hidalgo, el General Huerta había depositado un fragmento de su gigante idea, una sagrada porción de la hostia que su propia fe en los destinos patrios iba a elevar en el sacrificio místico a la vez que sangriento del porvenir de la nacionalidad.

Entre el Jefe de la División y sus Jefes y Oficiales existía una solidaridad absoluta. Conocer a sus soldados y a sus jefes es el primer deber de un gran general. Pues sólo así puede producirse ese magnífico y milagroso resultado que desde las pugnas bíblicas y las conquistas greco romanas y las batallas napoleónicas y las epopeyas japonesas, es alma del triunfo, alma mística que las Escrituras enunciaron al hablar de los Ejércitos obrando "como un solo hombre," "Egressus est Israel tamquam vir unus." Y así (según el "Águila de Mans"), triunfaron todos los grandes capitanes desde Escipion y Alejandro, hasta Turena y Condé. Así Oyama triunfa en Puerto Arturo....

Y así triunfó también Huerta en el Norte, conociendo a sus Jefes, avalorando la pléyade de sus brillantes Oficiales, los de Estado Mayor y de Ingenieros, los facultativos de artillería, los simplemente tácticos, todos, porque en todos supuso patriotismo y valor, dos virtudes que en la hora suprema de las batallas juntan en un solo impulso desde el general hasta el recluta, desde el culto oficial de E. M. E. hasta el obscuro "Juan;" virtudes supremas y amalgamadoras que hacen la unidad de nuestro Ejército y que hoy en la tierra mexicana realizan el viejo proverbio bíblico: "Tamquam vir unus."

Que a los diversos combates, accidentes forzosos de la reconcentración debía seguir una gran batalla, objetivo de esas maniobras, era cosa no sólo

prevista sino enérgicamente procurada por el Jefe de la División. Ese era su principal objetivo, y así contaba con aprovechar de una vez los valiosos elementos de sus fuerzas y por medio del noble arte militar científicamente ejercitado, dar el golpe de gracia a los rebeldes, obligándolos a presentar de una vez la gran batalla campal que siempre habían esquivado, prefiriendo practicar la exasperante guerra de guerrillas con el supremo recurso de la eterna evasión en el momento crítico.

Por lo demás, el mismo General en Jefe, en el parte respectivo de la batalla que nos ocupa, manifiesta sus previsiones que después el triunfo justificó:

"Debo comenzar, dice, por hacer presente el antecedente que decidió sobre la resolución de la batalla y que fué la *concentración* de todas las fuerzas que estaban operando en diversas columnas que de antemano habían sostenido combates parciales y de los cuales ya di cuenta a esa superioridad. Esta concentración, que se efectuó en las mejores condiciones posibles, fué prevista y obedeció a la necesidad de obligar a las fuerzas contrarias a presentar batalla, y cuyo acontecimiento da origen a juzgar ésta como prevista...."

Se ve pues, al General en Jefe, ideando un plan tan claro como simple y llevándolo a la práctica con esa enérgica precisión que admira en los grandes estrategas. Atraer sagazmente al enemigo a los puntos escogidos de la región donde se operaba y al par que los iba venciendo en los combates parciales, irlos compeliendo a presentar la gran batalla requerida para la más eficaz acción del Ejército que acaudillaba.... Así las fuerzas de Trucy Aubert y Rábago en los respectivos combates de "Cuatro Ciénegas" y "El Tlahualilo," no sólo cumplían con una función aislada, derrotando al enemigo, sino que al propio tiempo lograban dos fines más, concentrarse y atraer al enemigo a la gran batalla campal. Como se ve, nada se confió al acaso, y todo estuvo previsto en el armonioso plan que movía a la división del Norte, y si se piensa que el General Huerta, fué quien creó esa División, quién concibió el admi-

rable plan estratégico y quien lo llevó a cabo, nada hiperbólico parecerá calificarlo como un verdadero genio militar.

La Batalla de Conejos, lo prueba además, con la fuerza abrumadora de los hechos.

EL TEATRO DEL COMBATE.

El núcleo más potente y numeroso de las fuerzas rebeldes que durante largo tiempo asolaron la región septentrional del país, apoderándose de aduanas, cortando toda especie de comunicaciones, destruyendo toda obra de utilidad pública, arruinando la riqueza privada y teniendo en jaque al Gobierno de la República, se había hecho fuerte en la Sierra de Banderas, lugar que se reputaba como una ciudadela inexpugnable formada por la naturaleza misma con enormes bastiones de basalto y graníticos antemurales.

He aquí como describe el teatro del combate uno de los jefes divisionarios:

"La posición enemiga era, naturalmente, fuerte y estaba organizada para resistir un combate defensivo, por medio de algunas trincheras y cercos de piedra; pero su verdadera importancia consistía en varias vertientes perpendiculares a la dirección de nuestra marcha y que formaban varias crestas que ocultaban al enemigo a las vistas y al fuego; por lo demás el terreno fué descubierto, pues la vegetación en el cerro es raquítica y no ocultaba los movimientos del enemigo fuera de las crestas, muy numerosas, de las que he hecho mención.

La llanura tiene una vegetación más abundante, la cual oculta las vistas, presentando, además, para la artillería, el inconveniente de tener muchos abrojos y hoyancos de tuza, que dificultaban los movimientos; toda la llanura estaba dominada por la posición enemiga, al grado de no poder hacerse ningún movimiento sin que fuera descubierta desde luego dicha posición."

Allí, envalentonados por su triunfo del primer Rellano, confiados en sus magníficos elementos y disponiendo aún de las vías ferrocarrileras, el bravo guerrillero Pascual Orozco, J. I. Salazar en persona y sus principales cabecillas, habían concentrado un poderoso ejército de *diez mil hombres*, gran parte de los cuales, por su conocimiento de la región, su magnífico armamento y la veteranización alcanzada en numerosos combates, podían considerarse tan temibles como los más aptos soldados de línea.

Pascual Orozco en la montaña con diez mil hombres y el General Huerta en la llanura con dos mil quinientos, esos en síntesis, son los datos del marcial problema que vamos a ver resolverse, inesperadamente aclarado por los poderosos destellos del arte de la guerra científica y del genio militar...

Hay que advertir, antes de continuar, que a la magnífica fortificación natural formada por las escarpaduras y estribaciones de la sierra, los rebeldes habían añadido la de trincheras y cercas de piedra que reforzaban aún la formidable inexpugnabilidad de aquella fortaleza ciclópea.

La víspera del combate, es decir, la tarde del día 11, el Comandante General de Artillería de la División, Teniente Coronel Guillermo Rubio Navarrete, había operado un magnífico reconocimiento, obligando al enemigo a desenmascarar sus bocas de fuego que mantenía perfectamente a cubierto. No sólo se logró por medio de esta eficaz operación descubrir la artillería enemiga y aun fijar la colocación de algunas de sus piezas, sino que se logró también hacer comprender al General en Jefe, que el enemigo se resolvía a presentar batalla en aquel lugar donde se juzgaba invencible....

LA BATALLA.

A las 8 a. m. del día 12 comenzó el combate con el siguiente dispositivo.

La Brigada Téllez, formada por el 7º Regimiento y Batallones 6º y 33º, con la batería de ametralladoras, Perdomo recibió la misión de atacar de fren-

te al enemigo, siendo apoyado por la artillería divisionaria que escogió las primeras posiciones, y por orden del Cuartel General, ejecutó una amplia exploración de las posiciones enemigas que contestaron con sus baterías, las que poco después fueron acalladas sufriendo en seguida las posiciones rebeldes un nutrido y poderoso bombardeo. La artillería divisionaria consiguió asimismo durante esta faz del combate, que fué exclusivamente suyo, rechazar varios ataques de frente intentados en vano por los rebeldes.

Mientras los enemigos duramente rechazados se refugiaban en sus posiciones y el fuego cesaba en parte de la línea, la artillería se aprovechó para efectuar un cambio de posición avanzando 1,500 metros por baterías escalonadas.

Al mismo tiempo se ordenó el avance del centro y de la izquierda federales, constituidas de la manera siguiente: a la derecha de la vía férrea tres baterías montadas, de las cuales dos tenían la misión de batir a la infantería enemiga, la restante en función de contra batería y las tres sostenidas por el 6º Batallón y el Cuerpo de Ferrocarrileros. A la izquierda de la misma vía férrea se encontraban la Batería Rodríguez y la de ametralladoras Goroztieta, sostenidas por el 15º Batallón y con la encomienda de vigilar al enemigo impidiendo su muy marcada concentración hacia **Conejos**. La extrema izquierda federal que a la vez formaba la reserva de la División, estaba integrada por el Batallón 33º, Regimiento Mariano Escobedo y Brigada Madero. La derecha federal estaba constituida por la Brigada Trucy Aubert, que 6 días antes hemos visto triunfar en "Cuatro Ciénegas," en el trayecto de su reconcentración.

Comprendiendo el General en Jefe que el ataque de frente sería peligroso y sangriento, pues daría al enemigo toda la ventaja de sus magníficas posiciones, ordenó que la Brigada Trucy y las fuerzas irregulares de Villa voltearan el flanco izquierdo del enemigo. La maniobra se ejecutó, pero como aun cuando siendo protegida por la artillería divisionaria encontrara tenaz resistencia de parte de los re-

beldes, fué necesario apoyarla con la batería de montaña Santibáñez y con la Caballería de Villa que en un instante crítico fué obligada a moverse, amenazando el flanco izquierdo enemigo, por el esforzado Jefe del E. M. Teniente Coronel García Hidalgo.

Esta maniobra decisiva dió la victoria a las armas federales. El enemigo, al intentar volver a sus posiciones se sintió flanqueado y al abandonarlas, se sintió perseguido y acribillado por los certeros fuegos de la artillería que llevó a cabo su obra hasta las distancias máximas del alcance de sus proyectiles. Fué tan precisa, tan rápida y tan ágil, por decirlo así esta función de los cañones federales, que cuando el enemigo en la locura de la derrota, se dió cuenta del magnífico botín que dejaba en sus posiciones, quiso volver a ellas para rescatarlo con un esfuerzo lleno de impetuosa desesperación, bañados por los inexorables fuegos de la artillería divisionaria que los envolvía adonde quiera que fueran como una atmósfera mortal, no pudieron ni siquiera iniciar su avance, y en completa desbandada emprendieron su retirada final hacia la Estación de Conejos.

El botín que inspiró a los rebeldes el desesperado ímpetu de regreso a sus posiciones abandonadas, era en efecto valioso y digno del sacrificio que en vano intentaron para rescatarlo.

Consistía principalmente en cinco frenos de sus cañones de montaña de los tomados en Rellano, veinte cofres de parque del mismo material, granadas de balas, bombas de dinamita y otros pertrechos de importancia, que juntos con el campo y la más completa victoria tuvieron que abandonar a las triunfantes armas federales. Además de lo enumerado, el enemigo abandonó en su fuga diez tubos lanza bombas, varios estandartes y 546 caballos.

Sobre el campo de su derrota los rebeldes dejaron más de 500 hombres entre muertos y heridos; las pérdidas federales fueron escasas en relación a la magnitud del combate, circunstancia que explica claramente la siguiente observación contenida en el parte oficial de la batalla rendido por el General en Jefe:

"El empleo en su mayor extensión de la artillería, disminuyó eficazmente el excesivo derramamiento de sangre nuestra, pues dadas las magníficas posiciones de los rebeldes, tomarlas por asalto hubiera traído consigo movimientos que además del cansancio, habrían ocasionado pérdidas mayores, debilitando la consistencia casi homogénea con que se habían efectuado los primeros combates parciales que precedieron a la concentración de la División y que estimé decisivos para esta batalla, que como lo enumeré antes, puede calificarse de prevista."

LA FORMIDABLE ACCION DE LA ARTILLERIA FEDERAL.

La batalla de "Conejos" fué una evidente demostración del formidable poder de la artillería moderna hábilmente dirigida. Desde ese especial punto de vista, resulta sumamente interesante el parte rendido por el Comandante de la artillería divisionaria Teniente Coronel Rubio Navarrete, quien en estilo sobrio y claro relata la preponderante y decisiva acción del arma bajo su mando.

He aquí un extracto de ese documento:

"La acción se inició a las 7 a. m. por la batería del Capitán 1º Lauro F. Cejudo, dirigida contra la infantería enemiga, que avanzaba en la llanura: las ráfagas de esta batería y las de la batería al mando del Capitán 1º Miguel Barrios, ejecutadas a 3,500 metros, por sí solas y sin necesidad de la entrada en acción de la infantería, contuvieron dicho ataque, obligando al enemigo a replegarse a sus posiciones, que estaban fuera del alcance de nuestra infantería; en este momento la artillería enemiga se descubrió, haciendo fuego sin ningún resultado contra las citadas baterías; una ráfaga de la batería Caloca apagó inmediatamente el fuego de la artillería enemiga, la cual, por los cascos y espoletas recogidos, se componía de material S. Schneider Canet y de 70 m. m. S. Mondragón; dichas piezas eran un cañón Canet perdido en el combate de Rellano, dos piezas de

montaña que sufrieron igual suerte en Villa López, siendo el resto de las piezas de fierro colado, inofensivas para nuestra artillería; pero de acción eficaz para la infantería.

Los movimientos del enemigo cesaron, así como el fuego de su artillería, permaneciendo nuestras baterías en vigilancia sobre sus mismos objetivos; y como tenía la seguridad de poder batir todo el frente del enemigo, destaqué la batería de montaña al mando del Capitán 1º Manuel García Santibáñez a incorporarse con la brigada del General Trucy Aubert, que marchaba por nuestra derecha con el fin de atacar al enemigo.

El combate cesó en este momento, reanudándose al poco tiempo por la brigada Trucy Aubert, que inició su ataque, sobre la izquierda del enemigo; como se recibiera aviso del citado general de que la posición que tenía a su frente era muy fuerte y necesitaba para su ataque el apoyo de la artillería, dirigí el fuego de dos baterías contra la zona de acción de esta brigada, la cual pudo seguir su marcha tomando posición a la altura de nuestra derecha.

Durante ese tiempo, la artillería enemiga volvió a abrir el fuego sobre nuestras baterías; la batería Caloca, cambiando de objetivo rápidamente, volvió a acallarla; en estos momentos ordené un asalto por baterías de toda nuestra artillería, lo que se verificó de derecha a izquierda de nuestra línea, ganándose al frente 1,500 metros. En esta nueva posición, los movimientos del enemigo fueron más visibles; repartiéndose la zona de acción a las baterías con orden de hacer fuego, el cual volvió a ejecutarse con toda precisión, siendo tan eficaz que el enemigo emprendió la retirada rumbo a Conejos; verificóse en estos momentos un fuego a 400 metros, el cual lo desorganizó completamente, siendo perseguido hasta las distancias límites de la artillería, superiores a 5,500 metros, con tan buenos resultados, que el enemigo quedó completamente desalojado de su posición, a la cual pretendió volver poco después, probablemente con el objeto de recoger cinco frenos del material de montaña, que tenía en su poder, así como veinte cofres del mismo material, con varias gra-

nadas, entre las que había varias fabricadas por ellos, bombas de dinamita y otros pertrechos; como su vuelta fuera denunciada por grandes polvaredas, la artillería con fuego de ráfaga, lo contuvo, haciéndole dar media vuelta y logrando con esto dejar abandonados los frenos y demás efectos a que antes me he referido."

COMBATE DE PEDRICEÑA

(MAYO 14 DE 1912)

Promulga el aforismo militar que una buena retirada equivale a una victoria y tal demostraron en Pedriceña el 14 de Mayo de 1912 las fuerzas irregulares que perteneciendo a la División del Norte, estaban al mando del Mayor José Gómez.

Obedeciendo órdenes del Gobernador de Durango para ir a reforzar la plaza de Pedriceña que se encontraba amagada por fuerzas de los cabecillas rebeldes Campos, Argumedo y Canales, el Mayor José Gómez llegó a la mencionada plaza el día 14 de Mayo al frente de la columna de refuerzo que sumaba un total de 524 hombres y estaba formada de la siguiente manera:

200 hombres pie a tierra del 4º Cuerpo de Carabineros de Nuevo León; 80 dragones al mando del Mayor Matías Pasuergo; 34 del 22º Cuerpo Rural; 120 del Batallón Victoria al mando del Capitán Luis F. de Castro; 50 de Caballería a las órdenes del Capitán Rodrigo Argüelles y 40 voluntarios del vecino mineral de Velardeña.

El enemigo, en cambio, había conseguido reconcentrar en aquellos parajes más de dos millares de hombres perfectamente armados y municionados, con magníficos caballos, entre los que se contaban los hombres de "Cheché" Campos que habían asolado aquellas regiones con un sistemático y productivo saqueo, adueñándose de los grandes elementos de la región llena de ricos centros industriales agrí-